

Ciencia, tiempo juventud

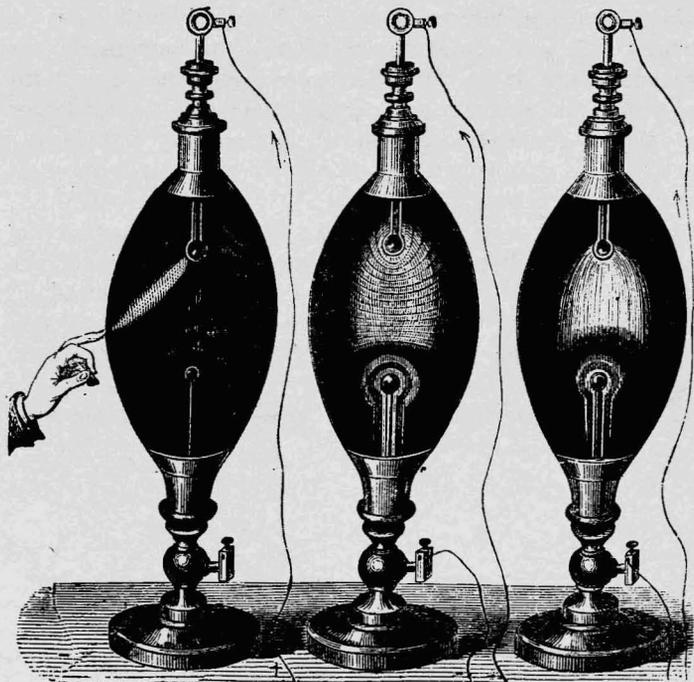
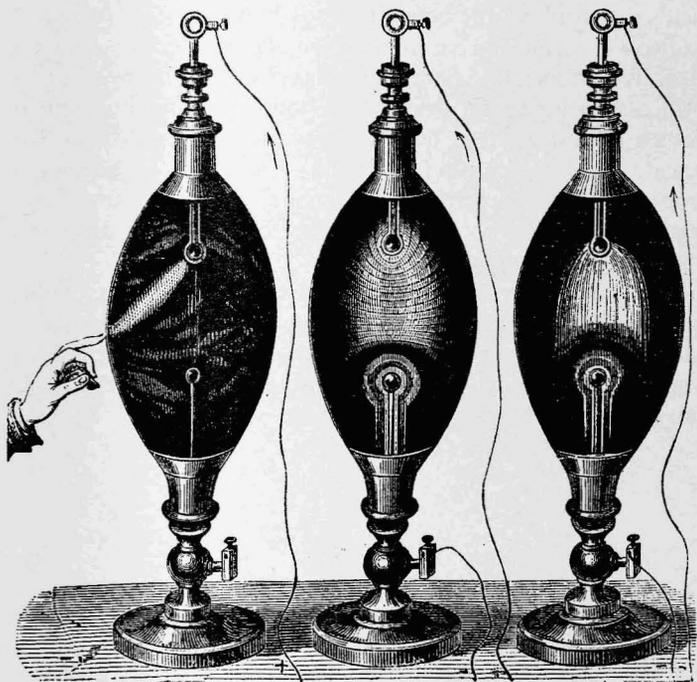
Víctor Manuel Toledo

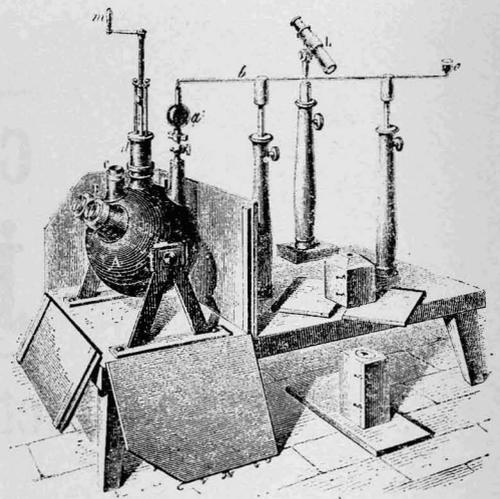
Vehículo del pensamiento independientemente de la naturaleza de éste, la palabra es inaugurada, ejercida, gastada y cedida por hombres y por las generaciones. Hoy, solamente nos la prestan de 45 a 50 minutos según versa la invitación. Conscientes de lo anterior y de que cada día está más cerca el final del silencio, el encuentro definitivo con la vía de expresión por la cual desalojar todos estos años luz al borde del desborde, asumimos la responsabilidad que tenemos al frente y comenzamos.

NUEVA SENSIBILIDAD, ante la ausencia de una explicación más amplia de lo que significa este término, adoptaremos la idea de que la NUEVA SENSIBILIDAD es la expresión definitiva y trascendente en el campo de la cultura de una generación que nace más allá de cualquier identificación con su pasado inmediato, generación que como veremos nace todos los días y en todo el mundo. Prisioneros de un tiempo y de un espacio, en el centro del círculo-montaña determinado por esas coordenadas, la nueva sensibilidad como toda expresión humana, se manifiesta dentro de un contexto temporal: el siglo XX y dentro de un espacio determinado: las sociedades, por lo cual estamos obligados a revisar aunque en forma poco exhaustiva esos dos ámbitos como preludeo o introducción al intento de establecer la existencia real de lo que hemos definido bajo esas dos palabras: NUEVA SENSIBILIDAD.

Siglo XX que engendra el satélite, siglo asesino de sus propias ideas, dice el poeta, época de cambios, crisis, transiciones, revueltas-emociones, giros-vertiginosos, trastornos y trastruecos, desplazamientos y mutaciones siglo-truque digo ahora desde el escaparate de mis 23 años, porque si algo identifica al siglo en que vivimos es el movimiento, pero ya no el movimiento más o menos constante (lo cual provoca la suavidad),

sino el movimiento que acelera y desacelera bruscamente, que cambia a cada instante su dirección, ya no el movimiento-barca, el movimiento-remo, el movimiento-ala, sino el movimiento de partículas (triste condición la nuestra), el movimiento de los cohetes, el movimiento electrónico, cibernético, cósmico. Época donde los cambios —continuos e incesantes— han creado un mundo vertiginoso en permanente transición y donde el hombre y sus productos —ideas políticas, reglas morales, formas de arte, costumbres sociales— pierden su sentido en cortos lapsos y se vuelven anacrónicos. La explicación detallada de esta situación es harto difícil, el mismo vértigo de nuestra época ha confundido las visiones y los enfoques al cambiar la dimensión por efecto de ese movimiento, han debido cambiar también todos los métodos de interpretación, la paradoja estriba en que nuestro punto de apoyo, nuestro observatorio también está incluido dentro de lo que observamos y por lo tanto también sufre las consecuencias de cualquier cambio que tenga lugar en lo observado. Observamos desde adentro y no somos ajenos a lo que observamos, por el contrario formamos parte de ello. De toda esta confusión sin embargo, es posible distinguir aspectos generales, que indican alguna participación en el fenómeno y que imprimen esta característica fundamental a nuestra época, el más obvio y que ha sido poco tratado en la actualidad es el papel que desempeña la Ciencia durante su interacción con la sociedad y sus estructuras y a lo cual nos habremos de referir aunque en forma esquemática y general por razones obvias. A partir del siglo XX las circunstancias especiales por las que atraviesa la humanidad —circunstancias sociales, políticas, económicas— provocan un rápido desarrollo y aún más el máximo florecimiento de la ciencia, basta decir que el número de científicos





de la actualidad supera ampliamente el número de científicos que han aparecido a lo largo de la historia. El hecho que nos interesa subrayar aquí, no es el mecanismo por el cual la sociedad promueve el gran avance de la ciencia, sino su consecuencia inmediata, lo que podría llamarse el mecanismo de reacción o de respuesta, es decir, el impacto que sobre el resto de las estructuras sociales y sobre el hombre mismo causa este enorme desarrollo científico. Si partimos de que la función básica de la ciencia es la de descubrir, estudiar y controlar los procesos que tienen lugar en la naturaleza, es decir de hacerlos aprehensibles al conocimiento humano, y de que estos procesos recién revelados constituyen una cierta información la cual sigue una determinada trayectoria antes de ser utilizada como el alimento por medio del cual la sociedad se impulsa y se desarrolla, podremos entender mejor lo que nos estamos planteando.

Como hemos dicho la información sigue una cierta trayectoria de la cual es posible distinguir los siguientes estadios: en un principio permanece independiente del hombre, más allá de sus capacidades, si bien posee una existencia propia ésta no es detectable. La investigación científica efectúa el primer paso al descubrir e interpretar la información, la cual sufre en estos momentos una primera transformación, al ser traducida a un lenguaje apropiado; su nueva existencia sin embargo no elimina su carácter de información abstracta en tanto que no posee un valor social real dentro de la producción, además de ser únicamente accesible a una élite o minoría selecta: los científicos.

El siguiente paso lo constituye su transformación tecnológica, la información es ahora llevada por la tecnología a un nuevo estado donde su "pureza", su carácter de información relativamente aislada, se ve afectado por la interacción que establece con otras informaciones que han sido acumuladas de antemano. En este momento la información comienza a ser integrada dentro de un cauce determinado y sigue los sentidos y las pautas que le marcan las necesidades de la sociedad; por otro lado su grado de accesibilidad aumenta, se "populariza" y su existencia es conocida por un número más amplio de seres humanos.

La trayectoria se cierra y llega a su fin en el instante en el cual la información perfectamente integrada y conjugada con otras informaciones, se realiza en un ente o forma social, es decir forma parte de la producción. En suma un fragmento más de la naturaleza ha sido asimilado por el enorme organismo social.

El mecanismo detallado de este fenómeno es por supuesto

mucho más complejo y difícil de establecer. Un juego de reciprocidad se establece en un principio entre la ciencia y la tecnología y posteriormente entre ambas y la producción. El desarrollo propio de la sociedad en su conjunto, provoca el desarrollo de la ciencia y su entidad recíproca inmediata la tecnología, y ese mismo desarrollo científico-tecnológico devuelve la acción inicial al provocar a su vez un nuevo desarrollo en la totalidad de las estructuras sociales. La acción y la reacción se continúan en forma dinámica y creciente.

Si bajo el esquema anterior intentamos un análisis de las condiciones que prevalecen en la actualidad, podremos señalar dos manifestaciones principales como representativas del siglo XX: la primera de ellas se refiere al enorme aumento de información que la ciencia suministra a la sociedad y la segunda a la velocidad infinitamente mayor a la cual la información recorre su trayectoria, de tal forma que la acción es devuelta en lapsos cada vez más cortos provocando un aumento constante de información. Todo esto es a gran escala lo que se ha denominado la revolución científico-tecnológica.

Ahora bien, en qué grado determina esta revolución científico-tecnológica al hombre, en principio habrá que decir que el hombre ha perdido su capacidad de adaptarse al movimiento vertiginoso y total característico de nuestra época y producto de esa revolución científica y tecnológica, y ha perdido esa capacidad porque también ha perdido el control de un fenómeno creado por él mismo. "Una de las paradojas de la época actual —dice el famoso científico y filósofo inglés John D. Bernal— es la de que los hombres pueden cambiar al mundo tan rápidamente que no son capaces de entender lo que están haciendo."

Si partimos de que toda información deberá ser analizada, ordenada y finalmente integrada a un contexto cuya definición depende del conjunto de conocimientos humanos —el contexto filosófico— llevados a su realización dentro de la sociedad —el contexto social— podremos observar que la revolución científico-tecnológica ha desbordado todo esquema humano o social en tanto que ni el hombre —sin un contexto filosófico adecuado— ni la sociedad —sin un sistema de organización acorde— están capacitados para "manejar" y en última instancia controlar, darle el sentido correcto al cúmulo de información que es asimilado.

El aprendiz de brujo ha perdido el control sobre su propia magia, sobre su propio poder. El hombre está y ha estado a punto de ahogarse en su propio conocimiento, el vértigo de un movimiento producido por él mismo lo ha desconcertado a tal punto que le causa un profundo desajuste, lo desfasa.

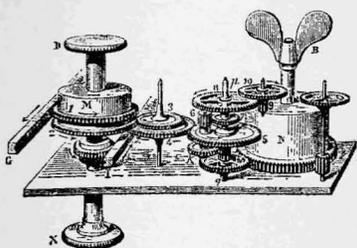
En términos cibernéticos estaríamos ante un clásico caso de retroalimentación positiva: la máquina loca.

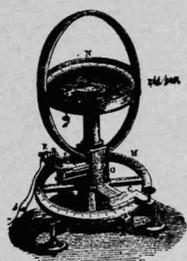
Tres son las manifestaciones principales de esta particular situación: la primera es la aparición de las sociedades de abundancia o sociedades industriales, cuya abundancia se edifica en el imperialismo más rapaz, que establecen sobre los pueblos de otras sociedades: el tercer mundo, así como del uso que de la ciencia hacen y han hecho los hombres de aquellas sociedades con fines no pacíficos. La segunda manifestación lo constituye la presencia de una nueva contradicción social más allá de la lucha de clases: la lucha de generaciones. Mundo donde los hombres se vuelven viejos a los 30 años, donde la velocidad deja atrás el propio desarrollo individual, la estratificación de la sociedad por generaciones aparece como una nueva condición para el ordenamiento y la clasificación de las expresiones humanas. Esta situación real, como veremos más adelante se encuentra condicionando una serie de fenómenos completamente nuevos y difíciles de comprender. El tercer producto de la revolución científico-tecnológica, lo constituye la reacción humana natural, al estado de aceleración vertiginosa de todo lo que le rodea. Esta reacción se halla definida en una actitud general: la Nausea. Con estas tres manifestaciones derivadas de las condiciones especiales que provoca la revolución científico-tecnológica en nuestro siglo, podemos confeccionar una siguiente interrogante: *¿cuál es la actitud de las nuevas generaciones que a su vez engloban a las nuevas sensibilidades, ante tales circunstancias?*

Dos grandes líneas de respuesta de las nuevas generaciones ante ese mundo saltan a la vista. La primera de ellas que consiste en la transformación del individuo mediante el aislamiento, independientemente de que la sociedad permanezca igual, nace de la entraña misma de las sociedades de la abundancia; la segunda implica la transformación revolucionaria de la sociedad y surge de las condiciones que imperan en el tercer mundo: hambre, pobreza, analfabetismo, injusticia. Octavio Paz ha dicho que: "la abundancia no es menos inhumana que la pobreza". "Los monstruos del progreso —dice— rivalizan con los de la miseria." "El espectáculo de los leprosos, las viudas y los mendigos de Benares es menos degradante que el hacinamiento de carne humana en las playas del Mediterráneo o en Coney Island, la abyección del hartazgo sobrepasa a la de la privación."

La primera reacción que nosotros llamaremos reacción escapista o evasiva, arranca en los años de la postguerra, línea neorrusseana que predica la liberación del espíritu mediante la vuelta a los orígenes del hombre, rechazo a la máquina y al

materialismo tecnocrático, funda la revolución interior mediante el uso de las drogas, la libertad sexual y la práctica de una vida mítico-religiosa, vida instantánea sin pasado ni futuro. La línea escapista sigue una trayectoria definida: "existencialismo", "generación perdida", "beatniks", "hippies" representantes de cada una de las últimas décadas, arrastran su angustia por las principales calles de las grandes urbes industriales, hasta llegar a los sesentas donde logran la cúspide de su desarrollo: Haight-Ashbury. La onda. El LSD. Hagamos el amor y no la guerra. El poder de las flores. Esterilicen a L.B.J. Haz lo tuyo. The San Francisco Oracle. Fracaso total o muerte por fuego pero jamás la burguesía. Timothy Leary. Mate un rojillo en nombre de Cristo, Los Doors, éste es el fin, el budismo, el zen, mariguana, haxix, peyote, psilocibina, mezcalina, dexedrina, benzedrina, metedrina, heroína, opio, barbitúricos, alcohol, nada, absolutamente nada es capaz de calmar la angustia, el vértigo, la náusea de ese universo cerrado, perfectamente sistematizado y compacto, material y mecánico. Seres de la luz desvaída, larvas de la técnica, aberraciones de un tiempo que ni las flores salvan, gritos perdidos en colores de una danza nocturna y cíclica, repetición de órganos, dolor de ausencia y ausencia de dolor desvariado, loco, neutro, incomprensible, vuelta al instinto y a la magia, a la cueva y a los parques, 100, 200 y 1000 mutantes tomados de las manos *inician el viaje*. He visto las mejores mentes de mi generación —dice el poeta Allen Ginsberg— destruidas por la locura, hambrientas, histéricas, desnudas, arrastrándose por las calles negras al amanecer buscando un colérico pinchazo de droga. Para 1967 tan sólo en los Estados Unidos, el número de mentes destruidas por la locura llega a los 2 millones, que son 30 años de búsqueda infructuosa por todos los caminos posibles del espíritu individualizado, durante ese enorme lapso esta primera línea deja toda una estela de expresiones en el campo de la cultura: música, teatro, literatura, cine, moda, costumbres, lenguajes. El fin no es el fin, el punto cero no es más que una salida falsa, detrás de la puerta existe el muro, después de largas décadas la solución es un callejón sin salida. El más grande representante de esta línea, no lo encontramos, sin embargo, y aunque parezca extraño ni en la etapa reciente ni en ninguna de las ciudades flores de norteamérica, profeta y visionario, hombre de agudísima sensibilidad, el primero en reaccionar ante el vértigo del siglo xx de una manera total y definitiva, este ser extraordinario es descrito por Cardoza y Aragón en la forma siguiente: "incandescente, linchado por sí mismo, estrangulado, fértil en relámpagos y desplomes, errabundo, imposibilitado para la coherencia exte-





rior, anárquico a fuerza de sinceridad, le siento como un sismógrafo que salta hecho añicos cuando ya no puede registrar las convulsiones que sólo él advierte y las expone angustiosamente". Su nombre: Antonin Artaud, protesta violenta y confusa, símbolo del horror de nuestra época. La segunda gran línea pretende el cambio revolucionario de las estructuras sociales como requisito indispensable para la transformación del individuo, cambiar el sistema significa cambiar las condiciones que hacen al hombre. Esta segunda línea de respuesta como hemos señalado se origina teniendo como marco al Tercer Mundo, mientras que en las sociedades desarrolladas el papel de la juventud es la mayoría de las veces pasivo, en el tercer mundo por el contrario la actitud juvenil debido a las condiciones propias de sus países, se constituye en la vanguardia de las luchas populares, antimperialistas y de liberación nacional. Esta situación es particularmente notable en Latinoamérica —ese gigante espiritual encadenado— donde la juventud, heredera de la cultura que reciben sus países durante la primera época colonial, mantiene una cierta comunicación cultural con los países desarrollados a partir de sus universidades; las luchas estudiantiles latinoamericanas arrastran una larga tradición de lucha a todos los niveles, no es casual que la famosa Reforma Universitaria, hoy el máximo cliché en todas las universidades de los países industriales, haya aparecido en un país latinoamericano hace poco menos de 50 años. La segunda gran línea, sin embargo, no se define en la juventud sino hasta épocas recientes, varios obstáculos tuvieron que ser salvados: la creencia de que las sociedades del tercer mundo podrían liberarse mediante sendas reformas, el fraccionamiento de los países de ese tercer mundo por las naciones industriales, el descubrimiento de la naturaleza estática y hasta reaccionaria de la mayoría de los partidos obreros tradicionales, etc., son algunos elementos que se conjugan para inducir a los jóvenes a la posición revolucionaria; el elemento primordial es, aunque parezca inadmisiblemente, la apropiación que el joven del tercer mundo hace de algunos elementos de la primera línea de respuesta, en otras palabras la aparición de la juventud revolucionaria incluye innumerables elementos que pertenecen a la figura del joven rebelde de las sociedades avanzadas; de la figura clásica del revolucionario, teórico, intelectual, filósofo, según Octavio Paz sin brillo a medida que nos alejamos del siglo XIX, nace la de un nuevo revolucionario, aventurero, romántico, que otorga su vida por la más simple causa de justicia humana, frío ante la guerra y ante la muerte, hombre de acción más que militante, héroe de novela con el pelo largo. Esta descripción es casi exacta para la más relevante

figura de esta segunda gran línea de reacción, hombre que ha sabido interpretar como nadie la época que le ha tocado vivir, que ubicado en un espacio concreto, ha saltado más allá de sus limitaciones de clase, nacionalidad, etc., para convertirse simple y llanamente en un ser humano, con todo lo inmenso que encierra este término, figura universal de las juventudes del mundo de hoy y de mañana. Nos estamos refiriendo obviamente a Ernesto Che Guevara, primer luciérnaga de América.

En estos dos personajes en los que hemos desembocado Antonin Artaud y el Che, encontramos los símbolos perfectos de las dos grandes líneas de respuesta, antitéticos por definición, los une un punto en el espacio: el fin, pero los separan los medios para llegar a ese fin:

ARTAUD:

Soy una antorcha viva.

CHE:

Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.

ARTAUD:

El arte tiene un deber social que es el de dar salida a las angustias de su época. El artista que no ha ocultado el corazón de la época que ignora que el artista es un chivo expiatorio, cuyo deber consiste en imantar, atraer, echar sobre sus hombros las cóleras errantes de la época para descargarla de su malestar psicológico, ése no es un artista.

CHE:

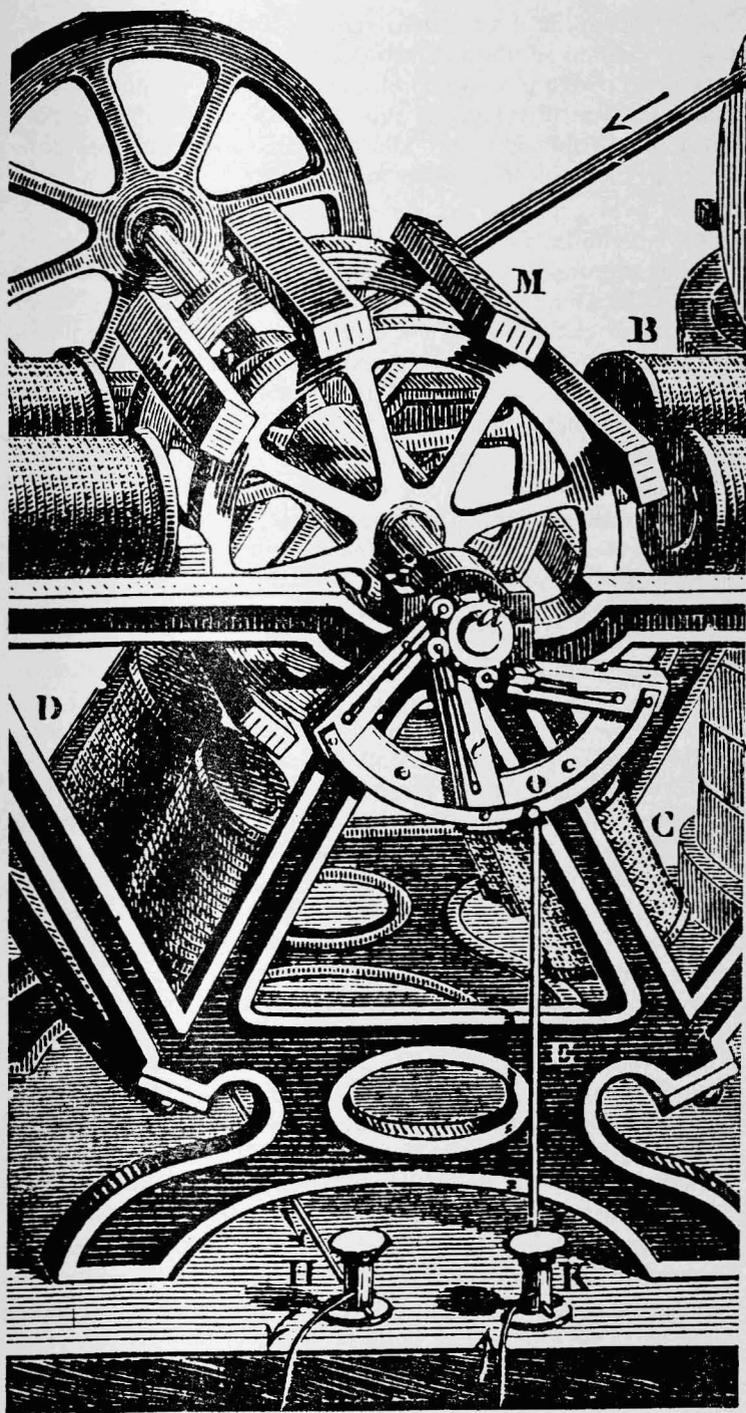
La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia. Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

ARTAUD:

Quiere brotar de nosotros una cosa que no está sometida a la experiencia. Somos numerosos los que rechazamos las enseñanzas de la experiencia.

CHE:

El elemento fundamental de esa finalidad estratégica, será entonces, la liberación real de los pueblos.



ARTAUD:

Como la vida, como la naturaleza, el pensamiento va de adentro hacia afuera antes de ir de afuera hacia adentro. Comienzo a pensar en medio del vacío y del vacío voy hacia lo pleno.

CHE:

Déjeme decirle a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible.

ARTAUD:

Todo lo que la ciencia nos ha arrebatado, todo lo que secciona en sus retortas, en sus microscopios, en sus balanzas, en sus mecánicas complicadas, todo lo que transforma en cifras, nosotros aspiramos arrebatárselo a esa ciencia que ahoga nuestra vitalidad.

CHE:

Estudien mucho para poder dominar después la técnica que permite dominar la naturaleza.

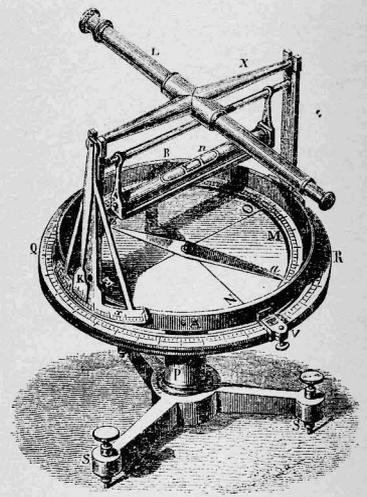
ARTAUD:

Sufro de una espantosa enfermedad del espíritu. Mi pensamiento me abandona en todos los grados. Desde el hecho simple del pensamiento hasta el hecho exterior de su materialización en la palabra. Palabras, formas de la frase, direcciones interiores del pensamiento, reacciones simples del espíritu, estoy constantemente en la persecución de mi ser intelectual.

CHE:

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Implosión o explosión, revolución interna o revolución externa, abundancia o privación, flor o selva, rebelde o revolucionario, Artaud o Che, ambas líneas no son más que representaciones de un mundo que cae y de un mundo que nace, lo notable de esta polaridad radica en primer lugar en el flujo que se establece entre ambos extremos: el joven revolucionario nace en el Tercer Mundo de la figura empolvada del revolucionario del XIX y de la figura del joven rebelde de las sociedades industriales; posteriormente el joven revolucionario de la sociedad



industrial, nace, esta naciendo de la figura del rebelde y de la figura del joven revolucionario del Tercer Mundo. El otro hecho notable lo constituye el florecimiento y la decadencia de la primer gran línea como vía que solucione las problemáticas de las nuevas generaciones, tal parece que la solución escapista ha sido agotada. En 1936 Antonin Artaud viene a Latinoamérica en busca de soluciones para la juventud europea y asciende la montaña para hallar el mundo mágico de los tarahumaras y el peyote. Para 1967 otro francés llega hasta las montañas de Nancahuazú en otro país latinoamericano, Bolivia, su nombre es Régis Debray, joven y brillante intelectual, quien ya no busca imágenes mágicas sino que viene a nutrirse de la experiencia de la lucha guerrillera. Estos dos acontecimientos, funcionan como indicadores y nos están marcando el nacimiento, desarrollo, florecimiento y decadencia de la salida escapista. A partir de 1968 el comportamiento de las juventudes de los países desarrollados es cualitativamente nuevo, como sucede en Latinoamérica desde hace varias décadas, las universidades se convierten en verdaderos centros de acción para las expresiones juveniles, los movimientos estudiantiles estallan en todo el mundo: Berlín, Madrid, París, San Francisco, Nueva York, Londres, Tokio, Estambul, México, Brasil, Roma, y llegan hasta los países socialistas de Europa, donde la juventud acaba por descubrir que sus gobernantes se parecen más a los gordos dirigentes occidentales que al Che. Varsovia, Belgrado y finalmente Praga, Praga, Praga. La furia juvenil incendia todo lo que es posible incendiar, los adoquines del mundo se levantan, de las calles brotan las guitarras, caen ídolos y templos, la magnitud se encrespa hiriendo a las ciudades. Mundo tú sólo eres uno, mundo-náusea, náusea-mundo, el gran sueño de los hombres parece hacerse realidad, al darse las bases para una primera internacional, la internacional de la juventud, la internacional de la esperanza, la solidaridad humana surge de nuevo como lo único que puede salvarnos. Cuando grito en México, sé que también estoy gritando en París, o en Nueva York o en Praga, mi voz llega a sus oídos y de sus voces hago un eco y estallan los cristales y las calles. El mundo es uno, el sistema es uno, la represión es una, pero he descubierto en ti joven del mundo a un hermano de edad.

Éste, es el panorama, el contexto en el cual toman forma las nuevas sensibilidades, de una u otra manera, la expresión cultural queda incluida en alguna de las dos posibilidades, que como extensos campos de cultivo parten en dos, el mundo juvenil.

Tomando como base una tesis frecuentemente señalada, de que el hombre no nace en el momento en el que aparece, sino

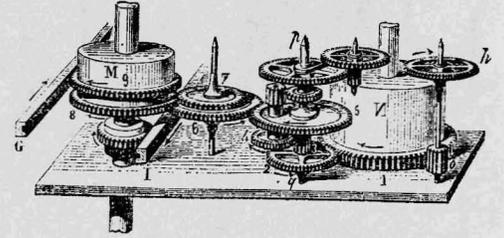
cuando encuentra el verdadero sentido social de su existencia, es decir cuando se ubica dentro del contexto que le rodea, podremos decir que el mayor o el menor éxito de las nuevas sensibilidades está directamente relacionado con su capacidad de ubicación, permanecer más allá de la mecánica que nos conforma, es crear fuego en el vacío.

Peter Weiss, el más grande dramaturgo actual, el que más brillantemente ha planteado la problemática esencial del hombre contemporáneo, constituye dentro de su generación un buen ejemplo de lo que hemos estado tratando, su ensayo "Diez puntos para el trabajo de un autor en un mundo dividido" encierra un largo proceso de reflexión sobre las posibilidades y el sentido que toma su actitud intelectual en un momento histórico determinado.

Y hasta aquí el antecedente necesario, porque ahora aparece inmediatamente la pregunta *¿Y México, qué?*

Es conveniente comenzar diciendo que, en México, la Nueva Sensibilidad como una vasta corriente cultural renovadora, homogéneamente constituida, la cual a través de sus múltiples matices de expresión refleja una misma realidad, previamente analizada y comprendida, no existe. Pero, si consideramos a la Nueva Sensibilidad, como una generación que aun cuando no ha hallado sus medios de expresarse, irrumpe en forma brutal dentro de una realidad que no conoce pero que desea ansiosamente conocer, y de ahí la naturaleza de su aparición; entonces la Nueva Sensibilidad ha ya nacido. En otras palabras si pretendemos encontrar una nueva sensibilidad completamente "cuajada" y en la plenitud de su madurez ésta no aparece por ninguna parte; pero si iniciamos una búsqueda de elementos que nos indiquen su presencia, nuestra investigación es positiva. La Nueva Sensibilidad en México ha nacido total y definitivamente junto con el movimiento estudiantil-popular de 1968, su corta edad —apenas unos meses— hace difícil su descripción por la falta de perspectiva histórica, aunque se siente su existencia; puesto que la revisión del movimiento estudiantil mexicano, nos abre la visión y nos da elementos de juicio sobre la todavía no detectable nueva sensibilidad, durante la última parte de esta ponencia, revisaremos en forma breve los aspectos principales de dicho movimiento. A partir de este momento la plática se torna testimonio.

No creo en una explicación total y perfectamente coherente sobre el movimiento estudiantil, cualquier intento en este sentido es infructuoso, simple y sencillamente porque no existe nada en el panorama que permita ya no el análisis del movimiento, sino la explicación de su nacimiento inusitado y sorpresivo.



Por lo anterior el movimiento estudiantil en México es antes que todo punto de partida, oxígeno puro, también disparo, borrón y cuenta nueva, corte, fin de las máscaras y reencuentro con la realidad política de nuestro país distorsionada durante mucho tiempo por las imágenes oficialistas. Ahora ya no hay duda de que México pertenece al grupo de naciones latinoamericanas donde las oligarquías que detentan el poder, impotentes ante las necesidades de cambio de las mayorías, hallan la forma de conservarlo en el ejército.

Todo hay que reinaugurar o en el último de los casos inventarlo, inclusive los elementos necesarios para la interpretación del mismo movimiento estudiantil. Reinstalación de las cosas en su lugar correcto, el movimiento ha servido para definir amplios aspectos de la vida de México, que durante muchos años permanecieron disfrazados por un surrealismo que llegó hasta el punto de incluir entre sus víctimas a la política.

El movimiento estudiantil mexicano, sin embargo, no puede ser concebido mecánicamente bajo los esquemas que intentan explicar los movimientos estudiantiles del resto del mundo. El movimiento estudiantil mexicano contiene características y elementos particulares extremadamente interesantes y complejos, cualidad determinada en su mayor parte por el momento histórico-social del país.

Una característica notable del movimiento lo constituye su naturaleza heterogénea, en tanto que en él participan individuos procedentes de diversas capas o estratos sociales que encuentran dentro del mismo, una forma para expresar sus problemáticas y sus inquietudes. Este hecho —que es muy importante para nuestros fines ya que nos está sugiriendo identificación de la juventud— se encuentra condicionado por la estructura social del país en la actualidad, estructura que se expresa también dentro de los sistemas educativos. País mosaico donde pueden hallarse desde los tipos de sociedad más primitivos hasta primordios de sociedad industrial, México se encuentra en un estado de transición donde las problemáticas de numerosas capas sociales se definen y se difunden, se contradicen y se conjugan dentro de una imaginaria unidad nacional.

Lo anterior está determinando que nuestro sistema educativo completamente caótico, contenga un tipo de educación popular heredado del movimiento revolucionario de 1910, cada día más reducido, y otro de naturaleza privilegiado y particular donde la clase media y la burguesía representan a la mayoría estudiantil.

Ahora bien, según esto, surge la siguiente pregunta ¿Cómo ha sido posible que una generación fraccionada socialmente y con diferentes problemáticas responda al unísono y en un mo-

mento dado ante una situación real? Aunque la respuesta es difícil, lo más probable es que a todos los niveles esta generación se ha encontrado hacia adelante con un pesado monolito: la sociedad represiva. Es decir que aun cuando el carácter represivo de la sociedad adquiere matices diferentes a cada escala, la juventud estudiantil al menos en esta primera reacción, responde homogéneamente porque funda sus protestas en un material cultural que ha asimilado similarmente. Esto último es muy frágil para darlo como un hecho, pero si así es realmente, nos estamos topando con una generación cuyo contexto cultural la identifica, lo cual es muy importante para la interpretación de la existencia de la nueva sensibilidad. Mientras que las juventudes populares (campesinos y obreros) sienten la represión en todo el peso que significa sostener a la sociedad neoporfiriana; la clase media lo identifica con la falta de participación en los órganos de dirección controlados por la burguesía, y las juventudes de esta última, en el afán de imitar todo lo que sea extranjero y particularmente norteamericano, importan la problemática de las juventudes de los países industriales, es obvio señalar lo artificial de esta última. Todo, no conduce más que al rompimiento con el pasado, la Revolución Mexicana por ejemplo ya está muy lejos y es difícil que se sienta su fuerza; detenida, amordazada y hasta traicionada la vieja revolución mexicana es identificada por mi generación en los siguientes elementos: edificio burocrático, pseudodemocracia, líderes charros, desfile deportivo del 20 de noviembre, la hora nacional, la prensa vendida, los granaderos, en suma, una palabra sin ningún sentido ante la gravedad de los millones de problemas que todavía pacientemente esperan solución, léase millones de mexicanos. La actitud de esta generación ante la Revolución Mexicana queda perfectamente definida en el siguiente poema, escrito por un joven poeta: Héctor Olea.

MÉXICO 68

Vas a cumplir

¡58 años!

Niña juguetona

Anciana encogida.

¡Pequeña...!

¡Y un poco vieja...!

Mira hoy:

Medio-hambre

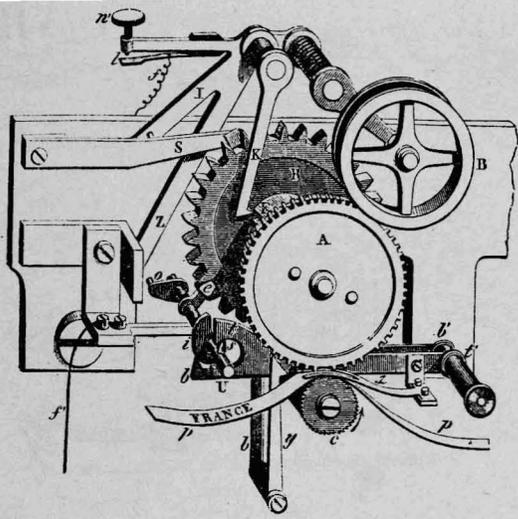
Medio-libres

Medio-alegres

Medio-tristes

Medio-a luces





Y no te das cuenta
 ¡Como niña...!
 Y te haces sorda
 ¡Como vieja...!
 Y vas a cumplir 58 años
 Y unos comiendo
 o leyendo,
 y otros, "la mitad"
 sólo mirando
 y pensando
 ¡Y muriendo!

¿Tú?
 Medio-anciana
 Medio-niña
 Muy pequeña...
 Tu altivez
 y fragor
 iniciales
 se pierden
 tras las "medias"

¿Nosotros?
 Más
 ¡Muchos máásss...!
 Cada día mmmáásss...
 Cada día
 más difícil
 que te encuentre.

El movimiento también ha puesto en evidencia lo anacrónico de las instituciones y de los individuos; más allá de las ideologías, a los políticos mexicanos se les puede clasificar por su edad, el movimiento ha demostrado todo lo que se puede hacer en nombre de palabras que suenan progresistas.

Sola, completamente sola, porque quién aparte de unos cuantos intelectuales levantó la voz ante hechos tan indignantes, mi generación ha demostrado una cualidad completamente nueva: la crítica, todo debe ser revisado a la luz de la crítica, todo lo que no lo soporte caerá por su propio peso y hoy después de algunos meses de iniciado el movimiento, la tierra de México está llena de cuerpos inservibles e inertes. Ésta, es quizá la mayor aportación hasta estos momentos de esta nueva generación mexicana.

La otra —hermosísima— es el descubrimiento o mejor dicho el re-descubrimiento del pueblo por parte de la juventud. Organizada su fuerza joven y alegre en las asambleas —donde aprendimos lo maravilloso de la democracia— y expresada en numerosas ocasiones: los murales, los carteles, las radios inde-

pendientes, los manifiestos, las consignas, los festivales artísticos, los bautizos de cafés, auditorios y aulas, la juventud parte al encuentro con un pueblo real que, para hallarlo, tiene que levantar 30 años de parálisis humana y otro tanto de palabras vacías: las brigadas estudiantiles se desparraman como uvas de la comunicación y penetran en las problemáticas de papel de china y de ollitas de barro del pueblo. Las manifestaciones por otro lado —verdaderas fiestas políticas— permiten gritar, cantar, chiflar junto a ellos, personajes principales de muchos discursos leídos desde el cielo; y únete pueblo, y goya-güerum, y el confeti y los pedazos de periódico, y las frutas humildes y las aguas frescas, y Tlálloc vendido, y le mentamos la madre a los helicópteros, y gracias por su contribución, y mantengamos el orden compañeros, y prensa corrupta, y zócalo de nuevo te tomamos las manos.

En este proceso inimaginable de desclasamiento momentáneo, el pueblo —ya no la palabra cadáver salida de las bocas oficiales— adquiere para el estudiante una realidad concreta, el pueblo se siente porque se escuchan de cerca sus palpitaciones agitadas. El pueblo es ahora todo ese complejo emotivo-racional que se transfigura en un anónimo vendedor de pájaros acribillado por las balas gubernamentales en un mercado de Ixtapalapa. Él murió, sus pájaros volaron hacia tierras lejanas y volverán trayendo las espigas. Pueblo son los aplausos de manos sudorosas, los rostros ávidos y morenos que reciben los volantes, pueblo son los choferes que celosamente guardan la propaganda estudiantil, pueblo son las señoras gordas de Topilejo —primer pueblo libre de México— que llevan comidas populares a los comités estudiantiles, pueblo son todas las naranjas que se abrieron, los nudos en la garganta que se clausuraron, son las monedas —quintos, veintes, tostones— que entraban diariamente a nuestros botes de colecta, corazones cotidianos, pueblo es el campesino que a pie se vino a la capital desde un pueblo de Hidalgo para ver a los estudiantes y hablarles, y pueblo es también desgraciadamente la madre que inconsolable llora un dos de octubre porque le mataron a su politécnico, 18 años.

He decidido terminar esta plática con Tlatelolco, lugar donde la nueva sensibilidad nace, y donde mi generación en su doloroso intento por expresarse sabe por primera vez lo que es la náusea, la rabia y la impotencia. Tlatelolco marca el final y el nacimiento de muchas cosas, su aparición o su omisión permitía colocarme dentro de la juventud furiosa o dentro de la momiza, dar mi conferencia en la Casa del Lago a las 12 o a las 1, garantizar un lugar en la futura nueva sensibilidad o acudir tristemente a engrosar las filas de los granaderos intelectuales y de los cronistas de la ciudad.